

ELENA. Dios tu corazón inclina.
Monarca cristiano, ven.
MINGO. Yo y todo tus pasos sigo.
Cristiano, aunque aporreado,
soy desde hoy, y no soldado.
La guerra y golpes maldigo.
CLORO. Bautizará a Constantino
de Roma el sacro Pastor.
MINGO. Y a mí y todo, aunque mejor
me bautiza a con vino.
CLORO. El madero soberano
busquemos, que a amar me obliga
su señal, y el campo diga:
Lisinio, César romano.
TODOS. ¡Lisinio, César romano!

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

IRENE. ISACIO.

IRENE.

¿A un villano, a un Lisinio la corona
de Roma? Mas ¿qué mucho, si es villano,
que autorice su misma semejanza?
El Monarca romano
los dioses deja, y bárbaro pregona
a Cristo, del hebreo vil venganza.
No verá su esperanza,
Constantino, cumplida
mientras a Irene el alma diese vida.—
Isacio, ya el amor se ha convertido
en licito rigor, en odio justo.
¡Plegue al cielo, si más le amare Irene,
que cautive mi gusto
un alarbe cruel, y que querida,
me aborrezca y de celos! No conviene
que con triunfo solene
por César le reciba
Roma, ni que la ley de Cristo siga.

ISACIO.

Murió Constancio, y con la viuda Elena
partió a Jerusalén, supersticioso,
a buscar el madero, que castigo
dió a un hombre sedicioso:
justa y debida pena
de un hombre que a su patria fué enemigo.

IRENE.

Búsqueda, que conmigo
en odio se convierte
el amor, que aspirando va a su muerte.
Isacio, de tu amor y fe constante
obligada, pretendo, en premio justo,
darte el alma rendida con la mano,
si das muerte al Augusto,
que, ciego y ignorante,
los dioses niega, el nombre honra cristiano.

ISACIO.

Por bien tan soberano
diera muerte, no sólo
a Constantino: a Júpiter y a Apolo.

IRENE.

Lisinio es éste que el gobierno goza
de Roma, mientras halla Constantino
la cruz que estima y su valor infama¹.

ISACIO.

Si halláramos camino,
pues nuestra ley destroza
el loco Emperador que a Cristo llama,
para engañar a este hombre,
Roma me diera de su Imperio el nombre.
Finge que, si contra él fiero se conspira,
se a su esposa, le darás la mano,
que tu hermosura más que aquesto alcanza,
y el bárbaro villano,
si en tu beldad se mira,
rendirá su lealtad a su esperanza,
y dándonos venganza,
matando a Constantino,
serás mi esposa.

IRENE.

¡Ingenio peregrino!
Apruebo tu consejo. Este, atrevido,
por sus hazañas, con valor extraño,
alcanzó el trono augusto y opulento:
si con amor le engaño,
verá Roma cumplido
mi nuevo amor y justo pensamiento,
y el matador violento
pagará su delito.

IRENE.

El viene.

ISACIO.

Mi venganza solicito.

ESCENA II

DICHOS y LISINIO.²

LISINIO. (Ap.) Mucho a Constantino debo.
Emperador soy por él:
cumplió el presagio el laurel,
propicio a mis dichas Febo;
pero esto de compañía
reinando me da tristeza.
Sólo pide una cabeza
el nombre de monarquía:
luego, no seré Monarca
mientras que reinemos dos.
Un Sol solo, siendo Dios,
la esfera del cielo abarca;
un planeta sólo tiene
cada cielo, y es mayor
que la tierra.

IRENE.

LISINIO.

IRENE.

LISINIO.

¹ También en el ms. dice «infama», pero debe de ser «inflama».

² «de emperadores».

Háme puesto mi ventura
en lo que no sé si acierto,
pero luego me divierto
en viendo vuestra hermosura.
Y ojalá que Constantino
su posesión no gozara,
que, nuevo Icaro, volara
a vuestro cielo divino,
puesto que a su imitación
soberbio como él cayera,
pues muriendo, al fin pudiera
honrar mi imaginación.
IRENE. La que yo, Lisinio, tengo
el presente, es olvidar
a quien pretende injuriar
la ley que a defender vengo;
que el culto que reverencio
de los dioses, han trocado
en odio mi amor pasado.
Venió el César a Magencio
con el favor soberano
de Júpiter, y en su ofensa,
Constantino ensalzar piensa
la ley y nombre cristiano.
Y mal por dueño tendrá
mi alma al que en desacato
del cielo, es a Jove ingrato:
pues conmigo lo será
quien a despreciarlos viene;
y así, aquél que los vengare
y a Constantino matare,
vendrá a ser dueño de Irene.
Si no es encarecimiento
el amor que me mostráis,
y imperar sólo intentáis
(que lo demás es tormento)
vengad este vituperio,
siendo desta causa juez,
y ganaréis de una vez
mi voluntad y el Imperio.
¿Qué dices?

LISINIO.

mas de los dioses el celo
pueden más, pues en el cielo
reinan, cuando él en la tierra.
No puedo yo ser traidor,
si su ley quiero amparar:
el amor y el imperar
no admiten competidor.
Amor y Imperio me espera,
y pues nuestra ley detriba,
el amor de Irene viva,
y el tirano César muera.

IRENE.

LISINIO.

ESCENA III

Salen JUDAS, viejo; LEVI y ZABULÓN, judíos.

JUDAS. No pasó nuestra nación
desde Vespasiano y Tito
tal persecución, Levi.
LEVI. No tuvieron los judíos
tal desdicha, tantas plagas,
aunque cuente las de Egipto.

ZABUL. Ni Nabucodonosor,
monarca de los asirios,
ni las de Antioco fiero,
como las de Constantino.
JUDAS. ¡Que se haya un Emperador
aficionado de Cristo
de tal suerte! ¡que defienda
con tanto amor el bautismo,
y que la Cruz nos demande,
y si no la descubrimos,
á muerte vil nos condene,
á tormentos y martirios!
TODOS. ¡Guayas! ¡guayas de nosotros!
JUDAS. Su madre le ha persuadido
que á tormentos nos la saque:
para aquesto Elena vino.
LEVI. Pues el Comisario fiero
que ha nombrado por ministro
y ejecutor deste caso...
ZABUL. ¿Ni dádivas ni suspiros
son bastantes á ablandalle?
JUDAS. ¡Que un bárbaro, que un indigno
de ser hombre nos persiga!
¿Vióse más cruel castigo?
LEVI. ¡Que un hombre tan ignorante
nos tenga tan oprimidos!
JUDAS. Si no le damos la Cruz,
si no decimos el sitio
donde de nuestros pasados
estar oculta supimos,
este bárbaro feroz
ayer, colérico, dijo.
que nos había de azotar
y pringarnos con tocino.
TODOS. ¡Guayas! ¡guayas de nosotros!
ZABUL. ¡Que á este punto haya venido
nuestra misera nación!
LEVI. Este es.
JUDAS. De verle me aflijo.

ESCENA IV

Dichos y MINGO, vestido de comisario graciosamente,
con ropa de levantar y gorrilla.

MINGO. ¿Qué hay, hermanos narigones?
¡Loado sea Jesucristo!
Respondan todos amén,
de rodillas y de hocicos.
¿Callan? Respondan amén,
ó habrá latigazo fino:
digan amén, judiotes.
JUDAS. Amén, humildes decimos.
MINGO. ¿Cómo les va de cosecha
aqueste año de tocino?
¿Ha habido mucho solomo?
¿Qué chicharrones han frito?
JUDAS. Prohíbelo nuestra ley.
MINGO. Pues yo no se los prohíbo.
Coman conmigo mañana,
que á salchichas los convido.
(Pasease muy grave.)
¿Cómo os llamáis vos? (Á Judas.)
JUDAS. Señor,
Judas es el nombre mio.
MINGO. ¿Judas el Escariote,
de aquel saúco racimo?

JUDAS. ¿Cómo no tenéis las barbas
rubias ¡eh! Judas maldito?
Enrubiaos ¹, noramala,
ó mudar ² el apellido.
MINGO. Señor, estoy cano y viejo.
¿Estáis viejo? Pues teñíos,
y andaréis al uso nuevo,
aunque en los años, antiguo.
LEVI. ¿Qué narices son aquestas? (Á Levi.)
MINGO. ¿Cómo han de ser?
¡Oh, qué lindo!
No son estas de la marca,
hermanos, de los judíos.
Esas son narices romas
y hidalgas.
ZABUL. ¿Señor!...
MINGO. ¿Pasito!
Sabéis que es el comisario
de vuestras narices, Mingo.
Quitense esas luego, luego,
so pena de un romadizo
por dos años y dos meses,
y miren que ya me indigno:
pónganse otras de dos gemes.
JUDAS. ¿Hay más torpe desvario?
MINGO. Con narices garrafales
tienen de andar ¡vive Cristo!
ZABUL. ¿Señor!...
MINGO. Esto se ha de hacer.
No replique.
ZABUL. No replico.
MINGO. ¿Con naricicas me vienen
enanas?
JUDAS. ¡Ay, cielo impio!
MINGO. ¿Qué hace la sinagoga?
¿Cómo va de sabatismo?
¿Su Mesías cuándo llega?
¿Viene en mula ó en pollino?
JUDAS. No profanes nuestra ley.
MINGO. Como es lejos el camino,
si viene á pie, quedarás
en algún mesón dormido.
¿No dan orden que parezca
la cruz?
ZABUL. Si no hemos sabido
donde está, ¿qué hemos de hacer?
MINGO. Luego ¿húrlanse conmigo?
Pues los *judicame Deus*
advertan lo que les digo:
que si la cruz no parece
el sábado ó el domingo,
ha de críar en su casa
un lechón cada judío,
y con regalo y amor
tratarle como á sí mismo.
JUDAS. ¿Lechón? Nuestra ley lo veda.
MINGO. Vede, ó no, yo soy ministro,
y han de hacer lo que les mando.
No repliquen.
JUDAS. No replico.
MINGO. A fe de archicomisario,
si no callan y me indigno,

¹ «enrubiaoslas».
² «mudaos».

que he de mandar que en la cola
besen....
JUDAS. ¿A quién?
MINGO. A un cochino.
Han de acostarle en sus camas,
ya esté puerco, ya esté limpio,
y dalle la delantera,
que es lugar de los maridos.
ZABUL. Señor, no permitas tal.
JUDAS. Señor, humildes pedimos
que interceda por nosotros
el oro deste bolsillo.
Cien escudos hay cabales.
Soy ministro; no recibo.
MINGO. Pero ¿no sois Judas vos?
(Apárate en la manga.)
JUDAS. Este es, señor, mi apellido.
MINGO. ¿Cómo os atrevéis á dar
cien escudos, fementido?
Si fueran treinta dineros,
fuera el número cumplido
en que vendisteis á Dios.
JUDAS. (Ap.) ¡Que así nos trate, Dios mio,
un villano, un ignorante!
MINGO. Oigan lo que mando y digo:
pongan en todas sus puertas,
para honrar sus frontispicios,
cada uno una cruz.
TODOS. ¿Señor!
MINGO. No repliquen.
JUDAS. No replico.
MINGO. ¡Por vida del comisario!
voy á recoger bolsillos
por todos los judaizantes.
Parezca la cruz de Cristo,
ó si no, de los lechones
serán ayos, que apercibo ¹.
Desde aquí quiero escuchar (Ap.)
lo que tratan, escondido,
y si murmuran de mí,
yo haré que sueñen á Mingo.
(Escóndese Mingo.)

ESCENA V

JUDAS, ZABULÓN, LEVI, MINGO, que está oculto, y se va
al poco rato, cuando se indique.

ZABUL. ¿Fuése?
JUDAS. Sí.
ZABUL. ¿Que hemos de hacer
si azotados y oprimidos,
por no parecer la cruz
nos da muerte Constantino?
JUDAS. Enterráronla en un monte
nuestros pasados y antiguos,
diciéndonos el lugar,
el cual, de padres á hijos
sabemos por tradición;
pero muertes ni peligros
no nos tienen de obligar
á descubrilla.

¹ «serán ayos».
TODOS. Señor mio...»

MINGO. ¡Oh, qué lindo!
¡Vive Dios! que es de provecho
mi cauteloso escondrijo.
La verdad voy apurando:
sacaréla presto en limpio.)
ZABUL. Pues ¿cómo nos libramos
de la muerte y el castigo
que nos está amenazando?
JUDAS. Escuchad aqueste arbitrio.
Labremos luego otra cruz,
pues es de noche, de pino,
y enterrándola, diremos
que es en la que murió Cristo.
ZABUL. ¡Linda traza!
LEVI. ¡Bravo enredo!
MINGO. (Si no estuviera escondido
el lobo tras las ovejas,
(mejor dijera cabritos) ¹
cruz sin duda ¡ah, narigones!
A Elena voy á decillo,
y con el hurto en las manos
los hemos de coger vivos.)
JUDAS. Zabulón, trae un candil
MINGO. (¡Qué propia luz de judíos!)
JUDAS. Vé, Levi, por la madera:
trae la azuela y el cepillo.
ZABUL. Vamos.
MINGO. (Vayan, norabuena,
que yo me escurro pasito,
para que Elena los coja
como barbos en garlito.) (Vase Mingo.)
JUDAS. ¿Cuándo tienes de venir,
Mesías santo y divino,
y librar tu pueblo triste
de tanto daño y peligro?
ZABUL. Estos son los instrumentos:
luz, escoplos y martillo.
(Sacan un candil encendido, y unos ma-
deros para hacer la cruz, y herramienta.)
JUDAS. Alumbrad, pues, y daré
á nuestro engaño principio.
LEVI. La cruz en que nuestra gente
hizo heroico sacrificio
de aquel hombre galileo,
que adora el mundo por Cristo,
dicen que de cedro fué,
y haciéndola tú de pino,
dudarán de tu ² verdad
los cristianos atrevidos.
Eso está dudoso agora.
altercado entre ellos mismos
con diversas opiniones
y pareceres distintos,
Levi, sobre esa materia.
Unos dicen que se hizo
del árbol en que pecó
Adán en el paraíso,
porque desterrado dél,
un ramo llevó consigo
de aquella planta, que fué
nuestra pena y su castigo;
y plantándole lloroso

¹ «pegáranla, vive Cristo».
«Cruz fingida! narigones!»
² «destas».

en este monte divino, donde Salomón después hizo el templo ilustre y rico. Creció, emulación del cielo, y por extraño prodigio nació una fuente del tronco, de quien á formarse vino la saludable piscina, que de dolores distintos, al movimiento del Angel, sanó tantos afligidos. Hizo Salomón cortarle, por ser estorbo ¹, del sitio que eligió, sabio y discreto, para el célebre edificio; y enamorado de verle, aplicarle al templo quiso para artesón de su techo, que asombró al arte corinto. Labraronle codiciosos, y ya compuesto y pulido, procuraron aplicarle en el pavimento rico; pero por misterio oculto, ya siendo grande, ya chico, desmintiendo arquitectores, nunca á la fábrica vino. Por lo cual desesperados, juzgándole por indigno y inútil del templo santo, mandaron que por castigo en la piscina le echasen. Hundióse, pero nacido el Nazareno que adoran los cristianos enemigos, sobre las aguas salió. ¡Misterio jamás oído! Y sacándole de allí, le echaron en un camino, por donde corre en cristales el Cedrón, arroyo limpio, puesto que tal vez crecientes le dan ambición de río. Sirvió en él de puente y paso ², hasta que por sus delitos á muerte de cruz sentencia el pretor romano á Cristo, que por ver que era pesado, decretaron los judíos que del se hiciese la cruz, como en fin, á hacerse vino. Murió en ella, y los cristianos supersticiosos han dicho que es digno de adoración, haciéndole sacrificios. Escondieronle por esto nuestros padres, y escondido por tradición nos dejaron donde estaba. Constantino, que á Cristo manda adorar con generales edictos, con tormentos nos compele á dársela.

ZABUL.
JUDAS.

¹ En el impreso dice «eterno», pero es errata evidente.

² En el impreso: «Sirvió de puente y paso».

ZABUL. Yo no afirmo eso de aquellos milagros, aunque así lo hayan escrito los cristianos hechiceros.
LEVI. Ni yo; solamente digo que con la fingida cruz que labráis, á Constantino engañamos, pues dichosos de tantos males salimos.

ESCENA VI

DICHOS, que han estado trabajando en la cruz, ELENA Mingo y gente.

MINGO. Esta es la pura verdad, y agora lo puedes ver.
ELENA. ¿Qué hacéis aquí?
JUDAS. La crueldad y desdicha debe ser de nuestra infelicidad.
ZABUL. ¡Guayas de mil! ¿qué diremos?
ELENA. ¿Qué hacéis aquí?
JUDAS. Gran señora, del comisario tenemos expreso mandato ahora que si la cruz no ponemos sobre las puertas de casa, nos ha de mandar quemar, que por saber lo que pasa la queríamos labrar.
MINGO. ¡Buena excusa!
LEVI. ¡Ay, suerte escasa!
MINGO. ¡Chilindrinas para Elena! Judíos, todo lo sabe, y daros la muerte ordena, porque á vuestra culpa grave iguale también la pena. Por ocultar la cruz santa que buscas, labrar querían esta, que ya los espanta, y enterrándola decían que por ser la instancia tanta, decir que es la verdadera esta que ahora labraban, y con aquesta quimera librarse de ti intentaban. Escondido, desde aquí esta traición escuché.
ELENA. Traidores ¿esto es así?
JUDAS. Lo que te he contado fué.
MINGO. No es sino lo que yo oí. Mándalos á puros ratos de cuerda que el síño digan de la cruz, cuyos retratos labran.
LEVI. ¡Que nos persigan tanto los dios ingratos!
ELENA. Decid dónde está el madero donde el eterno Abraham sacrificó al verdadero Isaac, y el dedo de Juan nos mostró el tierno cordero. Señora, á tener noticia dé, huyéramos sin duda el temor de tu justicia; el rigor en piedad muda.

ESCENA VIII

DICHOS y Mingo.

MINGO. Que la esconden de malicia, señora.
ELENA. ¡Oh, infame gente, incrédula y contumaz! Vive el Rey omnipotente, que restauró nuestra paz y en la cruz murió obediente, que os he de quitar la vida á tormentos! Vayan presos. MINGO. Garrucha hay apercebida, judíos, mas no confesos, nones dicen.
JUDÍOS. Bien perdida será, pues tú lo dispones, gran señora.
ELENA. Andad, ingratos.
MINGO. Yo, judíos socarrones, os daré á pares los ratos mientras dijéredes nones. (Vase Mingo con los judíos.)

ESCENA VII

ELENA y CONSTANTINO.

CLORO. ¿Qué es esto, madre y señora?
ELENA. Diligencias, hijo mío, son de la cruz, en quien fio que tengo de hallarla agora. Tormento tengo de dar á cuantos hebreos hallare mientras la tierra ocultare de Dios el divino altar en que se pagó á sí mismo, y en cuya ara misteriosa halló la iglesia, su esposa, su fuente y nuestro bautismo.

CLORO.

Palma divina, regalado cedro del fruto más sabroso y más suave que la tierra gozó; nido del ave del cielo, y no de Arabia, por quien medro.
ELENA. Restauración de Adán, cuyo desmedro originó la culpa al hombre grave; árbol mayor de la divina nave que Andrés requiebra, que gobierna Pedro.

CLORO.

Merezca hallaros yo, laurel divino.
ELENA. Alivie vuestro hallazgo nuestra pena.
CLORO. Enriqueced á Elena y Constantino.
ELENA. Sin vos no hay bien.
CLORO. Sin vos no hay suerte buena.
ELENA. Llave del cielo sois: abrid camino.
CLORO. Constantino os adora.
ELENA. Y busca Elena.

MINGO. Ellos dirán la verdad, gran señora, aunque les pese.
CLORO. Escuchad: ¿qué traje es ese?
MINGO. Digno de mi autoridad. Comisario soy, señor, de toda la judiada que la cruz tiene ocultada. ¿Quién te la dió?
MINGO. Mi valor. Si indicios he descubierto de la cruz que oculta está y tu madre sabe ya, ¿parece desconcierto que Comisario me nombre? Dellos en oro he cobrado salarios que no me has dado, que no soy piedra, soy hombre, y he de comer.
CLORO. Basta, basta.
ELENA. Indicios tengo, hijo mío, de hallar la cruz en quien fio.
MINGO. La gente es de mala casta, pero no seré yo Mingo, ó Jerusalén verá si la cruz oculta está, que con tocino los pringo.
CLORO. El cielo nos dé á los dos tal ventura.
ELENA. ¡Ay, cielo! ¿santo! ¿por qué nos dilatáis tanto la dicha que estriba en vos? (Vase Constantino.)

ESCENA IX

ELENA, MINGO y JUDAS, atado en una garrucha.

MINGO. Aquí está la guindaleta y el delincuente.
ELENA. Colgáde hasta que la verdad diga.
MINGO. Traidor, diréla en el aire, pues no queréis en la tierra.
JUDAS. ¡Ay, guayas de mil!
MINGO. Aunque guayes más que cien niños de teta. ¿Vos sois verdugo?
JUDAS. Y alcalde.
ELENA. Confiesa, perro. Decid: ¿en qué lugar, cueva ó parte os dijeron que escondida está la cruz, vuestros padres? No sé nada ¡ay! no me ha dicho cosa, mi señora, nadie, que á sabello, lo dijera. ¡Ay!
ELENA. Dalde otro trato; dalde.
MINGO. ¡Ah! Judas, como él colgado: ¡ojalá que reventases de la suerte que el primero!

¹ «árboles».

JUDAS. ¡Ah! ¡sayón!
 MINGO. ¡Ah! ¡escriba infame!
 ELENA. ¿Dónde está el Ara divina,
 deificada con la sangre
 de mi Dios?
 JUDAS. ¡Ay! no lo sé.
 MINGO. Aunque más arrojes ayes
 te tengo de columpiar.
 Otra aquivolta¹ turalde.
 JUDAS. ¡Ay!
 ELENA. Di la verdad.
 JUDAS. Si, haré.
 ELENA. Haz, señora, que me bajen. *(Bájanlo.)*
 JUDAS. ¿Dónde está la Cruz divina?
 ELENA. No sé, señora.
 MINGO. Sí, sabes.
 ELENA. ¡Oh! ¡borrachol! ¿Para aquesto
 pediste que te bajasen?
 MINGO. Hebreo, di donde está,
 ó mandaré que te maten.
 JUDAS. Si no lo sé, ¿cómo puedo
 decirlo, por más que mandes?
 ELENA. Atormentadme otra vez.
 MINGO. ¡Ah, de arriba! Columpiadme
 á este niño.
 JUDAS. ¡Ay, que tormentó!
 ELENA. ¿Dónde está la cruz, que es llave
 del Alcázar celestial?
 JUDAS. ¡Ay! yo lo diré.
 MINGO. En el aire,
 porque mientras no lo diga,
 no hay pensar que han de bajarle.
 JUDAS. Enterrada está en un monte
 entre el Tigris y el Eufrates.
 MINGO. Ya lo dijo.
 ELENA. ¿Dónde?
 MINGO. Dice
 que entre los tigres y frailes.
 ELENA. Morirás en el tormento,
 traidor, mientras no declares
 donde está mi amada prenda.
 JUDAS. ¡Ay! La maldición te alcance
 de Sodoma y de Gomorra.
 MINGO. ¡Oh! Rabino, al fin cobarde;
 ¿mi gorra, qué culpa tiene,
 que la maldices?
 JUDAS. ¡Ayudadme,
 Dios de Jacob, Dios de Isaac,
 Mesías santo!
 MINGO. Aunque llames
 al menjuy y al ámbar gris.
 JUDAS. Haz, señora, que me abajen,
 que yo la verdad diré.
 ELENA. Bajenle pues, y matalde
 si donde está no confiesa.
 JUDAS. No es posible ya que calle,
 que me quebrantan los güesos
 y me atormentan las carnes.
 ¡Adios, secretos ocultos!
 ¡Dios de Israel, perdonadme!
 En el monte de Sión
 nacieron que se enterrase
 los antiguos de mi ley,
 y que encima edificasen

1 «quibola».

una casa deshonesta,
 donde mujeres intames
 con ganancia torpe y vil
 aquel lugar profanasen.
 Después Adriano César
 mandó poner una imagen
 ó estatua suya, y que allí
 como deidad le adorasen.
 Mas, vamos, señora, allá
 y donde dijere, caven,
 que yo sacaré la cruz,
 aunque mis deudos me maten.
 ELENA. Vamos, pues. ¡Ay, árbol mío!
 ¡Inido santo de aquel ave,
 que es Fénix de nuestro amor,
 y en ti permitió abrasarse!
 Si merece mi ventura
 que venga, mi cruz, á hallarte,
 yo haré que de plata y oro
 un templo ilustre te labren,
 donde te adoren y estimen,
 y que el Monarca más grave
 por timbre de su corona
 tu figura santa enlace.
 Avisen á Constantino,
 acudan sus capitanes,
 sus Príncipes vengan todos,
 los sacerdotes se llamen.
 Instrumentos venturosos
 traigan que la tierra aparten
 que esta joya santa oculta,
 digna de reverenciarse.
 Yo os haré muchas mercedes
 si esta joya viene á hallarse
 por vos.

JUDAS. Yo la sacaré.
 MINGO. Pues la verdad confesaste,
 ya serás de hoy más confeso.
 ELENA. ¡Ay, palma hermosa y suave!
 JUDAS. ¡Ay, descoyuntados güesos!
 MINGO. ¡Ay, qué tocino he de dartel!
(Vanse.)

ESCENA X

*Sale CONSTANTINO y criados. Siéntase en una silla
 con un retrato en la mano, y vanse los criados.*

CLORO. Dejadme solo este rato:
 ya que está ausente mi Irene,
 si alma una pintura tiene,
 hablaré con su retrato.
 Similitud de un ingrato
 pecho, que encendiendo el mío,
 le provoca al desvario
 de un receloso desdén,
 ¿por qué, queriéndote bien
 espero, si desconfío?
 ¿Es posible que el amor
 de tu dueño fué fingido?
 Pero sí, que tanto olvido
 dimana de su rigor.
 Porque de Cristo el favor
 sigo, ¿es razón que me deje
 Irene, y de mí se queje?
 Si de veras me quisiera,
 mi ley Irene siguiera;

pero no hay quien la aconseje.
 Los dioses falsos adora,
 que es falsa su voluntad,
 y en mujer la falsedad
 siempre salió vencedora:
 ¡quién vella pudiera agora!
 Un sueño me inquieta en vano.
 Dormir quiero. Amor tirano,
 mi peligro conjeturo,
 que no dormiré seguro,
 con mi enemiga en la mano.

(Duérmese.)

ESCENA XI

*CONSTANTINO, dormido. IRENE, ISACIO y LISINIO,
 de villanos.*

LISINIO. Entrado hemos en su tienda,
 sin habernos conocido
 nadie en el disfraz fingido
 que nuestros pasos ofenda.
 IRENE. Hoy la venganza encomienda
 las armas á mi rigor;
 mi agravio es ejecutor
 que viene á satisfacerme.
 Pero ¿no es este que duerme
 el mudable Emperador?
 ISACIO. El es, y los dioses altos
 en fe que los ha ofendido,
 te le dan, prima, dormido.
 IRENE. Amor todo es sobresaltos.
 Dentro el pecho, dando saltos
 el corazón, inquieto anda.
 Matarle el rigor me manda;
 la voluntad no obedece,
 pues si la ira la endurece,
 con su presencia se ablanda.
 Pero venza la razón
 y el desprecio de mi ley.
 LISINIO. ¿Qué aguardas?
 IRENE. Si el gusto es ley,
 monarcas mis celos son.
 Cobrarán satisfacción
 con su muerte. Amor, no hay más;
 sujeto á mi agravio estás:
 satisfacelle colijo.
 CLORO. *(Hablando en sueños.)* ¡Ay, Irene!
 IRENE. ¿Irene dijo?
 Pues vuélvome un paso atrás.
 Quien durmiendo sueña en mí,
 no me quiere² mal despierto,
 ni es bien que yo lllore muerto
 á quien vivo me ama así³:
 mas, ¡muera!
 CLORO. ¿Qué? ¿Te perdiste?
 Irene mía: ¡qué! ¿estás
 ausente? Mal pago das
 á quien el alma te dió.
 IRENE. ¿Suya el César me llamó?
 pues doy dos pasos atrás;
 que si por suya me tiene,

1 «pue».
 2 «querrás».
 3 «el alma dió».

traidor será mi rigor
 si da muerte á su señor
 quien á dalle el alma viene.
 Con el retrato de Irene
 dormido está cuando estoy
 para matalle: ¿yo soy
 amante? ¿hay tal desvario?
 ¡Vos con el retrato mío!
 Dos mil pasos atrás doy.
 ¡Mal haya el primero, amén,
 que las armas inventó,
 si tengo de llorar yo
 por ellas el mayor bien!
 ¡Fuera, ingrato desdén!
 ¡Fuera, venganza atrevida!
 que quien ama, tarde olvida,
 y si lo intenta, no acierta.
 Despierta, César, despierta,
 que está en peligro tu vida.
 CLORO. ¡Válgame la cruz sagrada!
 ¿Qué voz el cielo me envía?
 ¡Irene del alma mía!
 IRENE. ¡Prenda por mi bien hallada!
 á matarte vine airada,
 pero ¿cuándo supo amor
 ejecutar el rigor
 en presencia del que adora?
 Contra esta mano traidora
 contra su esposo y señor,
 venga tu agravio en Irene.
 CLORO. Si haré con aquestos brazos,
 que con amorosos lazos
 mi ventura se previene.
 IRENE. Lisinio á matarte viene
 y Isacio, aunque el ser mi amante
 le disculpa.
 CLORO. ¿Hay semejante
 traición? ¿hay atrevimiento
 igual?
 LISINIO. ¡Oh, mujeres! ¡viento
 en la inconstancia!
 CLORO. Villano,
 ¿tú contra mí? ¿tú, tirano?
 ¿Y el propuesto juramento?
 LISINIO. El verte seguir á Cristo,
 de Irene las persuasiones,
 desleales ambiciones
 me obligan á lo que has visto.
 CLORO. ¿Cómo mi enojo resisto?
 ISACIO. A tus pies pido, señor,
 perdón, si basta el amor
 á disculpar mi delito.
 IRENE. Si tu cólera limito,
 perdona á Isacio por mí.
 CLORO. Yo le perdono por ti,
 que en todo, mi bien, te imito.
 Y á ti, Lisinio traidor,
 indigno de mi corona;
 que el que injurias no perdona,
 no se llame Emperador.
 LISINIO. Dame esos pies.
 CLORO. Mi valor
 se venga desta manera.
 Darte la muerte pudiera
 que piden tus tiranías,
 pero las ofensas mías
 no se vengán. Oye, espera,

LISINIO. ¿Qué mandas?
 CLORO. Dos juramentos hiciste, que has quebrantado. Ya el uno ¹ está perdonado, y en él tus atrevimientos. Con martirios y tormentos los cristianos perseguiste; á infinitos muerte diste, asombro siendo del mundo, y el juramento segundo bárbaro y cruel rompiste. Bien puedo yo perdonar mis agravios, pero no los de Dios, que me mandó sus contrarios castigar. Vengan en ti á escarmentar desleales y crúeles, y los romanos laureles sepan en mi desatino que así venga Constantino la sangre de sus Abeles.

(Dale muerte dentro.)

IRENE. Matóle: heroico valor! Pero es justo aqueste pago de mis servicios. ¿Qué estrago hizo jamás el rigor vendole á la mano amor? Refrenaron mis enojos su vista.

ISACIO. Leves antojos te disculpan, enemiga.

IRENE. Nadie que se venga diga si ve á su amante á sus ² ojos.

(Vanse.)

ESCENA XII

ELENA, MINGO y JUDAS, con azadas.

ELENA. Cruz divina, que yo ³ adoro, si yo os hallo, si yo os veo, rico queda mi deseo, infinito es su tesoro.

La primera quiero ser, que saque, mi cruz, la tierra que como mina os encierra: merézcaos mi dicha ver.

JUDAS. En aqueste monte está, conforme la tradición, señora, de mi nación.

MINGO. De sepulcro os servirá el hoyo que hemos de abrir, si no parece, judío.

JUDAS. Que habemos de hallarla, fio ⁴.

ELENA. Ni el oro que ofrece Ofir, ni las riquezas del Asia, ni el cinamomo y la casia, que sois árbol de mi Dios, lleno de valor divino.

¹ «míos».

² «á los ojos».

³ «en quien adoro».

⁴ «que hemos de hallarla confío».

MINGO. Comencemos á cavar.
 ELENA. Haced primero llamar á mi hijo Constantino; no pierda el precioso hallazgo desta joya soberana, pues en ella el César gana tan ilustre mayorazgo.
 MINGO. Voile á llamar; mas ¹ él viene, trocando el cetro en azada.

ESCENA XIII

DICHOS, IRENE y CONSTANTINO con una azada.

CLORO. Murió el tirano, y mi espada, hermosa y querida Irene, á vuestros pies, si es capaz, mi bien, del que en vos ² encierra, trocad ³ mi enojo y su guerra en vuestra amorosa paz.

IRENE. Con tanto gusto la admito, generoso Emperador, que en fe de mi firme amor, en cuanto hacéis os imito. La cruz preciosa buscad, que yo desde aquí, con vos, á Cristo tendré por Dios rendida mi voluntad; que quien á un César obliga á que la tierra grosera cave de aquesta manera y humilde sus pasos siga, no es posible que no tiene fuerza de Dios y valor.

CLORO. Echaste el sello á mi amor, discreta y hermosa Irene, y si idólatra te amé, contra nuestra ley tirana, ya agradecida y cristiana sol de mis ojos te haré.

ELENA. Hijo, solamente á vos os aguarda mi deseo para buscar el trofeo y triunfo eterno de Dios. Con ese humilde instrumento mostráis mayor majestad que con él autoridad de vuestro imperio opulento. Vamos los dos á este monte, preñez del parto que espero, nacerá el sol verdadero que dé luz á este horizonte. Yo he de dar, postrada en tierra, la primera azadonada.

CLORO. Si es, madre y señora amada, el depósito esta tierra del tesoro que esperamos, pidamos juntos los dos favor á su fénix Dios.

ELENA. Bien dices, hijo, pidamos.

¹ «peros».

² «se encierra».

³ «trueca».

CLORO. Puente divina, en piélago profundo, que Dios franquea y pasa en mi reparo; pendón del cielo, y imperial labaro del Monarca divino sin segundo.

ELENA.

Báculo de Jacob, en quien me fundo sustentar mi esperanza; Oriente claro, antes Ocaso, donde el pueblo avaro hizo ponerse el Sol, que alumbra el mundo.

CLORO.

Arco de paz, que venturoso adoro.

ELENA.

Cátedra donde Dios leyó de prima

CLORO.

Tálamo del amor, feliz misterio.

ELENA.

Merezcamos hallar vuestro tesoro.

CLORO.

Dadnos la joya que mi suerte anima, y estableced con ella nuestro Imperio.

(Cavan, y suena un gran ruido, y cae una montaña, donde estarán las cruces.)

(Una voz.) ¹

(Constantino, sólo á vos se reserva esta ventura. Esta es la cruz que procura vuestra fe, cama de Dios.)

CLORO. ¡Oh, misterio soberano!

¡Oh, celestial interés!

MINGO. Una buscáis, y son tres las que halláis.

IRENE. César cristiano,

derretida por los ojos

sale á ver alegre el alma

este cedro, aquesta palma

que á Dios tuvo por despojos.

ELENA. Si; ¿pero cuál dellas es la cruz en quien Dios derrama su sangre, y sirvió de cama á su muerte?

CLORO. Aquí están tres.

¿Cómo haremos experiencia de la que es joya infinita?

JUDAS. Si vuestro Dios resucita muertos, la misma excelencia tendrá la cruz verdadera.

Manda ² traer un difunto,

y aquella que diese al punto vida al muerto, que no espera,

en tocándole, esas dudas

satisfará.

CLORO. Buen consejo.

MINGO. Sin fe le habéis dado, viejo;

mas ¿qué mucho si sois Judas?

CLORO. A Lisinio muerte di

por idólatra y traidor.

¹ «Cantan».

² «Mandad».

La cruz le ha de dar favor y vida. Tráiganle aquí.
 MINGO. Vamos por él.

ELENA. ¡Palma santa que veros he merecido!

CLORO. ¡Que tal ventura he tenido!

IRENE. ¡Que por vos, divina planta, salí de la confusión de la ciega idolatría!

ESCENA XIV

DICHOS y LISINIO muerto, sobre una tabla.

MINGO. Ya un buitre, señor, quería hacer con él colación.

CLORO. La cruz primera bajad,

y al muerto pongan sobre ella.

JUDAS. Si cobra la vida en ella,

yo tendré por ceguedad

la ley que el hebreo profesa

y la Sinagoga adora;

yo seré cristiano agora,

si tal veo.

(Toma Mingo la primera cruz.)

MINGO. ¡Oh, cómo pesa!

No la llevara un Sansón,

y más si sube una cuesta.

¿Quieren apostar que aquesta

fué la cruz del mal ladrón?

CLORO. Ponelda encima los dos

del difunto.

ELENA. Dadnos luz

si sois vos, divina cruz,

la que dió abrazos en Dios.

MINGO. ¡Paradís! Tan muerto se está

como su agüelo. ¿Qué espera?

CLORO. que esta cruz ya salió huera.

Sin duda esotra será

el árbol divino y santo.

Quitalda.

MINGO. Yo bien decía

que del mal ladrón sería

cruz, señor, que pesa tanto.

(Trae Mingo la segunda cruz.)

Pues esta no le va en zaga.

Dándome va testimonio

que es la cruz del matrimonio,

según pesa.

CLORO. En ella se haga

la experiencia apercebida.

ELENA. Pues en la Cruz dió á la muerte

muerte Dios, por nuestra suerte

dad á este muerto la vida,

si sois vos, mi Cruz, la cierta

en quien se hizo aquesta hazaña.

A la primera acompaña.

MINGO. ¿Múevese?

IRENE. Si, á esotra puerta.

MINGO. Yo he de traer la tercera,

que la fe á ello me inclina.

(Trae Constantino la cruz de Cristo.)

ELENA. Esfera de Dios divina,

si sois la verdadera,

sacadnos de aquestas dudas.

JUDAS. Si ella tal milagro hiciese,

sería ocasión que viesse

el mundo cristiano á Judas.

CLORO. Arbol que en el Paraíso
de vida da fruto eterno,
en quien el racimo tierno
su licor exprimir quiso:
mostrad agora que en vos
nuestra ventura hemos visto.
(Pónenla sobre Lisinio, y éste resucita.)

LISINIO. No hay más; Dios es Jesucristo ¹;
Cristo es verdadero Dios.

JUDAS. Y yo cristiano desde hoy,
IRENE. Yo la ley de Cristo sigo.

CLORO. Yo de sus glorias testigo.

ELENA. Y yo mil gracias le doy.

LISINIO. Yo con penitencia larga,
Cruz, por vos adquiriré
el bien que perdí sin fe.

ELENA. Mi devoción, Cruz, se encarga
de haceros un templo tal,
que no iguale á vuestra iglesia
la antigua fábrica Efesia,
ni el de Delfos le sea igual.

CLORO. Llevémosla entre los dos
al Calvario, donde esté,
pues en él, señora, fué
el triunfo y muerte de Dios.

ELENA.

Con vuestro hallazgo, soberana planta,
granjó nuestra dicha la riqueza

¹ «No hay más Dios que Jesucristo».

de más valor, más precio y más grandeza
que de Alejandro Grecia finge y canta.

CLORO.

Yo, señal misteriosa y sacrosanta,
os pienso colocar en mi cabeza,
cifrando en vos mi vida ¹ y fortaleza,
dando á mis sucesores dicha tanta.

ELENA.

No os tiene que dejar, preciosa oliva,
palma, cedro y laurel, mi justo celo,
pues deposito en vos el bien que he visto.

IRENE.

La Cruz de Cristo viva.

TODOS.

¡La Cruz viva!

CLORO.

Arbol del mejor fruto, Iris del cielo.

TODOS.

¡Viva la cruz adonde murió Cristo!

CLORO.

Ya su hallazgo hemos ² visto:
á su triunfo os convida
y aquí da fin *El árbol de la vida* ³.

¹ «imperio».

² En el original «habemos». En el ms. «habéis».

³ «y demos fin al *Árbol de la vida*».

EL MELANCÓLICO

COMEDIA FAMOSA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS

LEONISA, pastora.
FIRELA, *idem*.
CARLÍN, pastor.
ROGERIO, duque.
EL DUQUE DE BRETAÑA
FILIPO, caballero.

ENRIQUE, conde.
CLEMENCIA, duquesa.
PINARDO, viejo.
UN PAJE.
RICARDO.
MÚSICOS.

Representáronla los Valencianos ¹.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

LEONISA y FIRELA, pastoras, con lios de ropa en las
cabezas.—CARLÍN, pastor.

FIRELA. Carlín, déjanos aquí:
no seas siempre pelmazo.

CARLÍN. Pues ¿qué importaba un abrazo,
si ves cuál ando tras ti?

FIRELA. ¿Cuál andas?

CARLÍN. Cual te dé Dios
la salud: ando cual ves.

FIRELA. ¿Cuál andas?

CARLÍN. Ando en dos pies,
porque andas tú en otros dos.

FIRELA. En cuatro fuera mejor,
que eres un asno.

CARLÍN. Si tratas
de que ande, Firela, á gatas,
á patas anda el amor,
que es niño, aunque canas tién.

LEONISA. Déjanos ir á lavar,
que es tarde.

CARLÍN. Pues no han de hablar.

LEONISA. Déjale, Firela, y ven.

CARLÍN. ¡Válgame Dios! ¿También ella
rezonga? Pues venga acá:
¿qué cuenta al cura dará
después, mi pastora bella,
si por no amarme me mata?

FIRELA. ¡Oh, qué pesado que estás!

CARLÍN. El quinto, no matarás:
no matéis, Firela ingrata,
con desdén á las criaturas,
que tenéis, aunque gallarda,
mucho, Firela, de albarda
en esto de her mataduras.

FIRELA. Mira que estamos cargadas
con los lios de la ropa.

CARLÍN. Si no más de en eso topa,
¿hay son soltallo, y sentadas
escuchar la arenga larga
de mi amor? Soltaldos ¡ea!,
que lo que el amor desea
es echarse con la carga.
Lejos está el lavadero;
escuchad mis desvarios,
y yo os llevaré los lios.

LEONISA. Oye aqueste majadero,
porque la ropa nos lleve
y acabe ya de cansarte,
que tengo á solas que hablarte.

FIRELA. Vaya.

CARLÍN. Vaya.

¹ Los famosos hermanos cómicos, Juan Bautista y Jerónimo Valenciano.